

Santiago de LUXÁN MELÉNDEZ y Ana VIÑA BRITO (dirs.), *La empresa azucarera en Canarias. Siglos XV-XX*, Las Palmas de Gran Canaria: Destilerías Arehucas y Ayuntamiento de los Llanos de Aridane, 2009, 326 pp.

La empresa azucarera en Canarias es un resultado, el más acabado sin duda, de un proyecto de investigación, conocido por su acrónimo ATLANTICA, que desde hace años indaga en el origen y evolución de la agro-manufactura cañera en las llamadas Islas Afortunadas dentro del ámbito de la historia atlántica en la que se desarrolló. El libro es un magnífico fruto de tal esfuerzo de trabajo. Presenta por primera vez en un sólo volumen las aportaciones del estudio dentro de un amplio y detallado estado de la cuestión en torno al tema y en el largo plazo, con una cronología que abarca desde el inicio de la colonización del territorio por la Corona de Castilla en el siglo XV hasta 1936, cuando se completó una crisis que no pudo superar.

La obra está firmada por cuatro autores (los directores, junto con María de los Reyes Hernández y Manuela Ronquillo Rubia) que abordan los diferentes capítulos. Sin embargo, no se trata de una compilación al uso, pues presenta perfectamente coordinadas y homogeneizadas sus distintas partes. Además, siendo el objetivo del proyecto ATLANTICA no sólo mejorar el conocimiento de la historia azucarera en Canarias, sino también analizar la impronta cultural y patrimonial que la agro-manufactura cañera ha dejado en las islas y contribuir a su valorización y preservación, incluye junto a los resultados de la investigación y al análisis historiográfico una amplia y bien seleccionada iconografía distribuida por todo el texto y en varios apéndices, y edita algunos documentos prístinos y originales de dicha historia. El resultado es un libro de magnífica factura, una pequeña joya bibliográfica.

Una característica más de la obra es que explica los procesos del negocio del dulce en Canarias de manera comparada y en su contexto. Así se dieron y sólo así se entienden, aunque hay que señalar que este modo de proceder no es siempre lo habitual en los estudios locales y regionales. Por tal razón se puede afirmar que la investigación trasciende los límites de su objeto de análisis y representa una valiosa aportación a la historia general del azúcar y a la historia atlántica. En lo que respecta a los contenidos, el libro se divide en tres grandes apartados con un criterio cronológico. Comienza con el estudio del origen y desarrollo de la industria cañera en Canarias desde el siglo XV hasta su declive en torno a 1560, firmado por la directora, Ana Viña Brito, y por Manuela Ronquillo Rubia. A continuación el otro director, Santiago Luxán Meléndez, examina lo que se ha denominado el segundo ciclo del azúcar, que se inició con la reintroducción del cultivo y procesamiento de la gramínea en la década de 1850 y concluyó con una nueva crisis en la de

1930, de la que no se recuperó. Un último capítulo, esencialmente iconográfico, está dedicado a las imágenes de los hombres que protagonizaron el negocio del dulce en las Islas Afortunadas, confeccionado por el propio Luxán y María de los Reyes Hernández.

Viña y Ronquillo señalan que en las Canarias se empezó a producir azúcar inmediatamente después de su conquista y colonización por los castellanos. Las autoras analizan el marco institucional del negocio, sus partes agraria (plantación) e industrial (ingenio), los productores, el trabajo y el comercio (rutas y mercados). Inician el estudio con un análisis del estado de la cuestión, y argumentan que si bien la historiografía ha mejorado mucho en cantidad y calidad en los últimos años aún es incompleta y difusa y presenta serias lagunas, sobre todo para el conocimiento del trabajo, por lo que en su investigación prestan especial atención a ese aspecto. Como se señaló con antelación, las autoras insisten en que la industria azucarera en Canarias fue el elemento que más determinó la transformación y configuración de los espacios y paisajes insulares, la sociedad, la cultura y la vida misma. Por esa razón la analizan de un modo integral, en sus vínculos con el resto de la historia insular, pero también atlántica. Sólo así se explica la cronología con que se extendió la agro-manufactura cañera por los territorios, según se fueron conquistando y colonizando, y también que a partir de ellos se extendiese posteriormente hacia América y que, finalmente, fuese el desarrollo de la producción de dulce en el Nuevo Mundo lo que provocase la crisis del llamado primer ciclo productivo. Además de las limitaciones físicas del archipiélago africano (falta de tierras y peores condiciones de sus suelos, hidrografía y clima que los del Caribe), su incapacidad producir a precios competitivos frente a las economías esclavistas antillanas, pero también la posibilidad de desarrollar una agro-manufactura alternativa (la siembra de vides y destilado de vinos) hacia la que se desplazaron parte de los recursos, capital y trabajo destinados antes a la plantación cañera. Por tales motivos desde finales del siglo XVI esta última quedó limitada a solo ciertas áreas de la isla de La Palma. Un anexo documental y una extensa bibliografía completan el capítulo de Viña y Ronquillo. El apéndice incluye el testimonio del repartimiento de tierras y aguas de Los Sauces (1502), la licencia a Antón Cerezo para comprar la hacienda de Agaete (1506) y los manuscritos de la petición de la renta de azúcar de La Gomera (1506), de la compra de la finca Los Sauces por Tomas Vandewalle (1584) y de la partición de la hacienda Tazacorte (1586).

La segunda parte del libro se dedica al estudio del llamado segundo ciclo del azúcar en Canarias, iniciado en 1852. Es mucho más extensa que la primera por sus problemas, la envergadura de sus procesos y el conocimiento historiográfico que se tiene de ellos. El autor, Luxán, comienza el capítulo con un acápite dedicado a la publicística e historiografía. Señala que el tema generó un enorme número de estudios y despertó intensos debates, especialmente en torno al papel que la Sociedad Económica de Amigos del País tuvo en la reintroducción de la agro-manufactura de la caña en el archipiélago, a sus referentes y competidores (el sureste de Andalucía, Madeira y Cuba, por entonces colonia de España), a su idoneidad para el cultivo de la gramínea, su efecto sobre los suelos, el peso de la innovación tecnológica y del conocimiento científico-técnico y su divulgación, la abundancia y escaso coste del trabajo, las facilidades para adquirir combustible y las posibilidades de diversificación, tanto del negocio, con los ensayos de siembra de remolacha, como de la agricultura en general, con la introducción de otras plantas comerciales y el surgimiento de industrias asociadas. Además de estos temas, preocuparon y se debatieron

otros, como la necesidad de apoyar legal e institucionalmente al sector azucarero, vinculado especialmente con el establecimiento del estatus de puerto franco en la islas en 1852 y disposiciones posteriores y la lucha contra el fraude y el contrabando.

En lo que respecta a la historiografía, cuya extensa relación, junto a la de las principales fuentes, presenta al final del capítulo, Luxan señala algo similar a lo que indicaban Viña y Ronquillo. Es justo reconocer que en los últimos años se ha avanzado mucho en el conocimiento del tema y que los estudios han ganado sustancialmente en calidad, pero también que aún son varias e importantes las lagunas que la investigación debe afrontar. El autor, al igual que sus compañeras de edición, examina cuáles son esos avances y cuáles los principales déficits y sus conclusiones explican en buena medida los problemas fundamentales a los que dedica su análisis.

Un segundo capítulo de su estudio lo dedica Luxán al marco institucional de la producción y el comercio azucareros. Analiza básicamente cómo el establecimiento del estatus de puerto franco para las Canarias en 1852 estuvo vinculado con la revitalización de la agro-manufactura cañera y el efecto sobre ella de las modificaciones de esa normativa. Sostiene que la política comercial y tributaria, el afán recaudatorio de la Hacienda, su preocupación por luchar contra el fraude y el contrabando y la escasez de incentivos fiscales determinaron el desenvolvimiento del sector, pues no generaron las condiciones adecuadas y estables que habría requerido su progreso y la necesidad de hacer frente a la presión de grupos comerciales extranjeros y a competidores más eficaces, sobre todo mediante medidas de fomento y proteccionistas. Quizás en el rol que jugaron en tal proceso la interacción de las ventajas específica y comparativa que tuvieron las islas para elaborar azúcar es donde la argumentación del autor resulta más confusa. Además de lo que ocurrió con tal artículo obtiene una especie de lección histórica que extrapola a toda la historia económica insular, a la ausencia de industrialización y de un crecimiento asentado sobre bases más sólidas, de lo cual cabe decir que si bien seguramente no está exento de razones, aparece priorizado en las conclusiones de un modo que resta espacio y detalle a la exposición de aportaciones más interesantes obtenidas del análisis específico del tema que le ocupa.

Tras analizar el marco institucional Luxán examina el complejo agro-manufacturero azucarero canario, su estructura, la debilidad de su tejido industrial, y las características del cultivo, estudiando el caso específico del ingenio San Pedro de Arucas, ubicado en Gran Canaria y, según el autor, “el más avanzado y mejor gestionado del sector”. El estudio redundante en las conclusiones del capítulo anterior. La reactivación de la producción azucarera en las Islas Afortunadas se explica por el intento de desarrollar y diversificar su precaria economía, de aprovechar recursos ociosos y dar trabajo a su población. El ensayo, sin embargo, tropezó con una insuficiente protección por parte del Estado, tanto en lo que se refiere al establecimiento de una política de fomento y protección del negocio, como, y en relación con ello, a su defensa frente a las presiones de exportadores extranjeros, interesados en abastecer el mercado insular de edulcorante. El resultado fue una nueva crisis y la limitación posterior de la actividad de la industria cañera a la elaboración de alcoholes, aguardientes y ronnes, limitación que continúa hasta la actualidad. El análisis de Luxan se completa, finalmente, con otro apéndice estadístico, dotado de su propio índice debido a su extensión, en el que se presentan al autor una selección de textos de la publicística del azúcar, la legislación y diversos documentos empresariales y de la producción.

Con imágenes de los hombres del azúcar, apartado elaborado por Luxán y Hernández, concluye a manera de apéndice final *La empresa azucarera en Canarias. Siglos XV-XX*. El negocio del dulce ha dejado en las Islas Afortunadas un patrimonio arquitectónico, escultórico y pictórico de enorme riqueza. Del último tipo quizás destaca la colección de pintura flamenca que se debe al desarrollo de dicho negocio, pues el centro del comercio internacional estuvo durante la Edad Moderna básicamente en Flandes y los Países Bajos, aunque también hay un importante acervo de otros estilos, fotografías, grabados, dibujos y hasta caricaturas. Fue especialmente, importante, además, la retratística, lo que nos permite tener imágenes de los principales personajes dedicados a la agro-manufactura cañera. Como el resto del libro su último capítulo se divide en dos partes, dedicadas, respectivamente, a los personajes canarios del primer y segundo ciclo del azúcar. La correspondiente al segundo, claro está, es más extensa y por eso se ha fraccionado en varios apartados: escritores y publicistas, políticos, empresarios y fabricantes, ingenieros y técnicos, propietarios agrícolas y pequeños cultivadores y comerciantes. Junto a la iconografía que permite a los autores presentarlos se añade una ficha con los datos que se han podido recabar de cada figura.

En síntesis *La empresa azucarera en Canarias. Siglos XV-XX* es una relevante contribución a la historiografía canaria, española, del azúcar y atlántica. Por el modo en que ha sido concebido analiza el sector en un contexto más amplio y bien integrado en los debates de todos esos estudios, lo que le permite aportaciones a todos ellos y en general de gran valor. Además, está editado con esmero y se acompaña de apéndices documentales e ilustraciones de diversa índole que hacen de él también una magnífica contribución bibliográfica y permiten al lector tener acceso a una parte significativa de las fuentes con que se ha elaborado el libro.

ANTONIO SANTAMARÍA GARCÍA